

etras españoles en tiempo de Cervantes y después de Cervantes, podrá comprenderse cuán importante es en nuestra historia la existencia de este hombre, de cuyos escritos, aimed a la primera época, parecen derivarse aún las creaciones más originales de la segunda. No es tiempo ya de hacer panegíricos de Cervantes; una apología del Quijote, sería hoy trabajo extemporáneo y trasnochado. De todos los genios que en las literaturas modernas se señalan como solés ó padres, Shakespeare, Dante, Goethe, etc., ninguno ha sido más universalmente reconocido, más prontamente consagrado y canonizado, digámoslo así, como el nuestro, ese amadísimo compatriota de todos nosotros, ese español que es hoy todo nuestro orgullo y la más imperecedera y legítima de nuestras glorias, hermano, cuyo nombre invocamos siempre como el más nobilísimo timbre de nuestra genealogía; hermano, que todos amamos con profundo afecto, y al cual no cesamos de recordar; porque por él nos respetan y por él nos aman extraños que han sido nuestros enemigos.

No comprendemos bien lo que vale tener en nuestra historia un nombre como ese, conocido en los últimos confines de la tierra. Quién sabe lo que sería de nuestra reputación en el mundo, quién sabe el concepto que merecería nuestra raza, si en la mente de todos los hombres no se unieran continuamente la idea de la nacionalidad española y el nombre de Cervantes. Solemos invocar otros nombres, otras palabras que á veces nos parecen última expresión de la gloria, y cuando aquí, en nuestra desventurada tierra de Castilla, nos ponemos á disertar melancólicamente sobre nuestro pasado y sobre el respeto y aun el miedo que antes nos enía Europa, se nos llena la boca con San Quintín y Cerinola y Ombra. En la puerilidad de nuestra ilusión nos parece que aún se postra la tierra ante nosotros, y nos llenábamos de entusiasmo cuando repetíamos aquella vieja frase europea: *no se pone el sol en los dominios de España*.

Ya se pone, sí, no cifremos hoy todo nuestro orgullo en la frecuente repetición de aquellas palabras, que consagran en la historia el valor de nuestros soldado. Ya Europa no nos tiene miedo, y cuando viajamos por el extranjero, los que al azar nos encuentran y hablan con nosotros de nuestras cosas no nos preguntan que tal tratamos á Francisco I en Madrid, ni cuántas naves condujo á Lepanto el señor don Juan, no; nos preguntan y nos hablan sobre asuntos muy distintos. Entonces sentimos que lo que más nos encumbra y enaltece es la fraternidad de aquel manco divino, cuyo libro, trasunto fiel de todos los movimientos y aspiraciones de la actividad humana, es considerado como patrimonio de la humanidad toda. Este libro constituye nuestros más extensos dominios. Allí sí podemos decirlo, sin temor de que el tiempo nos desmentía. ¡Sobre ese hidalgo avellanado, seco y antojadizo; sobre ese escudero socarrón, natural, filósofo y panacista supino; sobre Don Quijote y Sancho Panza, sí, bien lo podemos decir: sobre esos dominios no se pone ni se pondrá nunca el sol!

UN PROYECTO DE LEY

Contra la coquetería

Mezclado con protestas entre los fusilamientos del Transvaal y anuncios de tratos, llegamos de los Estados Unidos una noticia extraordinaria.

Es una noticia que va á consternar á las mujeres. Y á los jóvenes ¡eh! Y á los viejos también.

Hela aquí en toda su violencia:

«Mr. Bennett, miembro del cuerpo legislativo del Estado de Albany, ha presentado un proyecto de ley destinado á suprimir el *flirt* en público y á reprimi-

las miradas amorosas en la calle, en el paseo y en el teatro, so pena de multas.»

Esto va á permitir á los Estados norteamericanos sus presupuestos. Porque las miradas son innumerables. El ejemplo parte del país de la libertad. Ya el Estado no se contentará con ser comerciante, industrial, árbitro de las condiciones del trabajo, factor, cartero, educador, etc. Ya no se contentará con tatar el aire que respiramos, la carne que comemos, los remedios con que nos curamos, el licor que bebemos, el tabaco que fumamos. Su solicitud paternal se extenderá más allá todavía y vigilará nuestras miradas tiernas, nuestras frases galantes. ¿Queréis ver á una mujer que pasa? Multa. ¿Habla suavemente á una señorita? Multa, multa...

A decir verdad, el excelentísimo Mr. Bennett se ha preocupado más de la teoría que de la práctica, y no ha previsto que la aplicación de su ley será difícilísima.

¿Quién, en efecto, estará encargado de aplicarla?

¿Habrá una brigada de *policemans* que, como los encargados de parar los coches, detengan los *flirts* en las esquinas y las miradas en el espacio? Y estos *policemans*, ¿estarán autorizados á seguir el vuelo de las pupilas? La tarea será, para los pobrecillos, muy árdua. Porque no hay nada más fugitivo que el mirar. Y una mirada no puede probarse, y si se puede negar. Y además, allí están los bizcos, que ven á dos puntos distintos sin querer y que sufrirán de las multas á cada instante.

Seguramente, segurísimamente el honorable legislador yanqui no ha medido las dificultades de su proyecto. O entonces es que tiene la locura de legislar.

Nuestros antepasados tuvieron leyes suntuarias que reglamentaban los gastos individuales. Nosotros tendremos la ley erótica que reglamentará nuestros sentimientos haciendo andar á nuestro corazón como un reloj.

«Empero, en el fondo de ese proyecto extravagante, hay algo humano, algo interesante. Se ve en él la indignación de un hombre honrado, serio y noble, de un Alceste contra la coquetería de Celimena.

Es necesario pensar en las costumbres yanquis para darse cuenta de ello. En *Ultramar*, Paul Bourget cita esta frase de un diplomático que ha vivido largo tiempo en Norte América y que habla de algunas señoritas: «Tienen una depravación casta.» Su virtud es calculadora y sabe la teneduría de libros del sentimentalismo. Las hay que se hacen regalar por sus platónicos admiradores joyas, carruajes, caballos. Es el *flirt* utilitario, que no se ha acimantado entre nosotros, latinos. Así madame de Revercaux, en *Demi Vierges* dice, no sin melancolía: «Los *flirts* de mis hijas no nos dan nunca nada.»

«No hay cosa más diosa que la coquetería» — esto es lo que ha querido, sin duda, decir Mr. Bennett.

De este aforismo hubiera podido sacar una novela ó una comedia. ¡Pero una ley! Y es porque, buen norteamericano, quiere enseguida un resultado práctico. «Las costumbres son detestables. Preciso es cambiarlas. Una ley: multa, prisión.»

¡Pobre Mr. Bennett, que quiere entablar una violenta lucha contra el dios minduculo del amor! Más le valiera dejarle disparar sus flechas al acaso y aun combinar su tiro, lo que constituye el arte de *flirtear*. ¡Y tanto peor ó tanto mejor para los corazones que sean heridos!

Yo aconsejo al diputado enemigo del *flirt* que escriba una biografía de madame Recamier, una biografía cruel, naturalmente. Podría titularla: *Nuestra Señora del Flirt*. Así el Alceste yanqui encontrará una ocasión maravillosa para calmar su furia fustigando con vigor á aquella reina de la coquetería. Rompiendo aquel ídolo, servirá, mejor que legislando, la causa bendita. Porque ninguna Celimena fué tan hábil en el arte de ofrecerse y no entregarse. Sus relaciones con Benjamín Constant constituyen el cuadro típico del *flirt*.

Ella tenía entonces treinta y siete años; pero eran años primaverales y su belleza manteníase incomparable. Así, pudo enseñar á sufrir al escéptico, al irónico que buscaba en el amor si no un pasatiempo para su espíritu cansado, para su alma seca. Sólo la agitación lo hacía vibrar. Lo mismo que un enfermo tiene necesidad de morfina para sonreír ante la vida, Constant tenía necesidad de pasiones para no encontrar la existencia vacía y sin color. «Amar es sufrir» — escribía á madame Recamier — pero

también es vivir y desde hace tiempo yo ya no vivo!»

Gracias á ella conoció la exasperación del deseo nunca satisfecho. Ella lo exaltaba y lo calmaba á su antojo, con esa maestría adorable que demostró siempre en sus relaciones con los hombres, ¡oh!, sus aires abandonados de niña bonita y frágil, raptora de corazones.

No tengamos lástima á su ilustre víctima, puesáquel tormento deba haberle sido caro, haciéndole sentir intensamente la vida.

Por otra parte, á esta pasión debemos la más bonita fórmula contra la coquetería. Hela aquí, para Mr. Bennet: «*Todos tienen medios de hacer daño y todos son igualmente culpables cuando se sirven de ellos. Desde el hombre que da una puñalada hasta la mujer que quiere ensayar el poder de su encanto á riesgo de hacer agonizar á aquel que le sirve para tal experimento.*»

Todas las coquetas debieran meditar esta frase. Porque hay una prohibición en el amor, como en los negocios. Sólo que la ley que prevalece está en la Bolsa, no puede prever las estafas en los sentimientos.

El amor es un dominio reservado que no conoce códigos. La ley no puede castigar sino los crímenes pasionales y los atentados á la moral, que son *flirtes* exagerados y de mal gusto.

HENRY BORDEAUX.

(CUENTO.)

El nuevo rey Lear

Este era un rey que tenía cuatro hijas, con las cuales, y el séquito correspondiente, se había instalado en el *Hotel de las Cinco Coronas*, de Berlín, renunciando la hospitalidad que generosamente le había ofrecido su majestad el Emperador y Rey. ¿Acaso viajaba de incógnito su majestad. Adalberto XIV, rey de Gothlandia y Gundimarcia, Gran Duque de Krachestein-Kra, chestein y señor de las islas Jewistow?

No tal. Viajaba contra su voluntad. Sus súbditos le habían hecho la forzosa, derrocando un trono veintitres veces secular y una dinastía que tenía su origen en los amores extraordinarios de una walkyria y un guerrero llegado al septentrion desde remotas tierras. Los rebeldes habían proclamado la República, constituyendo en lugar de los dos reinos de Gothlandia y Gundimarcia, los Estados Unidos de Gothmar y Gundlandia. Con esta pueril y candorosa transmutación de nombres, se figuraban haber resuelto — ¡porque *quaterque beat!* — el arduo problema de la bienaventuranza política.

Mientras tanto, el desdorado Adalberto, en compañía de sus cuatro hijas y el séquito correspondiente, comía el duro, amargo y negro pan del destierro en el *Hotel de las Cinco Coronas*, de Berlín, rival en lujo y comodidades del *Hotel de los Cinco Céiros*, de Viena.

Las hijas del rey de Gothlandia, se llamaban Matilde, Clotilde, Batilde y Brunhilde.

Las cuatro eran rubias. Matilde, como las espigas del trigo. Clotilde, como el vino de Johannisberg. Batilde, como los florines ó oro. Brunhilde, como un rayo de sol en mañana de primavera.

Las cuatro tenían sus correspondientes ayas, hijas de la severa Albión. La de Matilde, se llamaba miss Johnson. La de Clotilde, miss Simpson. La de Batilde, miss Tompson. La de Brunhilde, miss Jameson.

Una tarde, á la hora del té de familia, habló así á sus cuatro hijas el rey Adalberto:

«El corazón se me parte al tener que hablaros de sucesos que un día ú otro habrán de realizarse; pero gusto de afrontar las situaciones difíciles y adelantarme á los acontecimientos dolorosos. Las cuatro sois casaderas. En tanto que he sido monarca ojerdiente, no os he hablado del asunto, porque eso, en virtud de la razón de Estado, corra de mi cuenta. Ahora que me hallo destronado, sin esperanzas de recuperar el trono fundado por los hijos de Odín, puedo consultar vuestras inclinaciones y saber — ¡oh dolor! — por cuál linaje de esposos cambiaréis la compañía de vuestro anciano padre.

La contestación de las cuatro rubias fué unánime.

«¡Oh rey y señor! ¡Oh querido papá! ¡Jamás nos apartaremos de vuestro lado!

Pero el rey de Gothlandia y Gundimarcia debía de tener motivos para conocer el

oración de sus hijas, y después de las dulces y tiernas expansiones que dió lugar á aquella amorosa cuantía hipocrita respuesta, despidió á Matilde, Clotilde, Batilde y Brunhilde, llamando en seguida, una por una, á miss Johnson, miss Simpson, miss Tompson y miss Jameson, con el propósito de obtener de ellas las informes que sus hijas le habían ocultado.

La contestación de las cuatro ayas fué la misma:

«¡Oh señor! ¡Y mis enseñanzas! ¡Y mis lecciones! ¡Y mis consejos! Su Alteza Real no piensa en devaneo alguno. Su corazón es todo de vuestra majestad.

Adalberto XIV no se dió por satisfecho con semejantes seguridades, y llamó á Brunhilde, su hija menor, esperando de la mimosa predilección con que la distinguía, aquellas revelaciones que tanto trabajo le costaba conseguir.

(Continuara.)

DESDE DAIMIEL.

En la noche del miércoles 6 del corriente y en el Oratorio que en su casa tiene el eminente pianista D. Ramiro Romo, verificóse el enlace de la hermosa señorita Elvira Romo, con el joven D. Daniel Sánchez de León.

Lucía la desposada rico y elegantísimo traje blanco y multitud de joyas, regalo del novio.

Bendijo la unión el virtuoso sacerdote D. Angel Infante y fueron apadrinados por los hermanos del novio D. Luis y doña Amelia

Á la terminación de la ceremonia, fueron obsequiados los asistentes con un delicado refresco, dulces, licores, habanos, etc.

Enviamos nuestros parabién á las familias de los nuevos esposos á la par que hacemos votos por que la felicidad sea la constante compañera de estos

Días pasados, se celebró en este teatro de Ayala, una brillante función, organizada por las personas de más prestigio de Daimiel, con el plausible objeto de allegar fondos para resturar el santuario de la Virgen de las Nieves, nuestra excelsa Patrona.

El coliseo se hallaba muy adornado y las localidades completamente llenas por lo más selecto de esta sociedad.

El *Aftado*, fué la primera obra que se representó, siendo magistralmente interpretada por los jóvenes aficionados que se ofrecieron para tan laudable fin, como dije al principio.

En segundo lugar, se puso en escena el entremés titulado *El pleuro amor propio*, distinguiéndose en el desempeño de sus respectivos papeles las niñas Juliana, Sagrario y Francisca Marchán.

Después, un distinguido joven de esta localidad, recitó el precioso monólogo *La buena crianza ó tratado de Urbanidad*, siendo muy aplaudido por su maestría en el arte de declamar.

Ultimamente cantaron el coro de la seducción de la ópera *La Ceirina*, las señoritas Carmen Borondo, Dolores Carriza, Esperanza y Caridad Coca, Cristina Cruz, María Antonia Galiana, Ascensión Garzán, Luisa Geréz, Luisa y Cruces Marchán, Agustina Miralles, Carmen Payán, Cecilia y Dolores Rodríguez y María Claudia Sánchez Ríoja, estando el papel de *Pedro*, á cargo del Sr. D. Gabriel Pinilla, y digno por el reputado pianista D. Valerio Martín.

El *atrezzo*, no dejó nada que desear.

El próximo día 15, segunda representación teatral, por los jóvenes de la localidad.

EL CORRESPONSAL

DE MANZANARES

TEATRO

Como anunciaba á los lectores de este periódico en mi anterior crónica, el pasado miércoles 6 del corriente, hizo su debut en el teatro de Verano, que provisionalmente se ha construido para los días de feria, la notable compañía de zarzuela chica, que dirige el popular actor señor García y en la que figura como primera tiple la Srta. María González.

Primeramente, se puso en escena *El duca de la Africana*, que alcanzó una lucida in-